

• Nuevos Ritos •

• Revista Quincenal Ilustrada •

VOTO

Flores, flores . . . toda una primavera
para tus manos de impecable armiño.
para tu crepitante cabellera,
y la alta excelsitud de tu corpiño.

Flores para regar pródigamente
en todos tus senderos y tus rutas
para que hundas deliciosamente
el nácar de tus plantas diminutas.

Flores las más fragantes y tempranas
para tí anhelan los anhelos míos,
pues tienen tus prestigios juveniles,

el esplendor de todas las mañanas,
la frescura de todos los rocíos
y el perfume de todos los abriles.

Luis Rosado Vega.

Los Fragmentarios.

LA BRUYERE.

«No man can suffice, nor in reason
wil attempt to write aphorisms, but
he that is sound and groundd.»—Ba-
con, *Advancement of learning.*.)



EL filósofo es el artista de lo sutil y de lo profundo, conocedor de todas las artes, á quien está reservada la divina misión de guiar á través de las edades á los hombres. Es un noble guizador que no sufre de la ambición de mando y que lleva en las entrañas, como el signo de su grandeza, el ansia enorme de marchar en perpetuo silencio hacia la perpetua muerte en el fondo del corazón oscuro de los siglos.

La filosofía debe ser un arte de condensaciones. A medida que pasan los años, á medida que la humanidad se hace más intelectual y más comprensiva, aumenta la necesidad de que así sea. El aforismo se impone. El fragmento, pletórico de savia y de vigor y de hondura, seco y conciso como un golpe, algo como un extracto condensado de idea, es lo que necesitan y anhelan los cerebros ávidos de la actual hora.

Uno de los más altos cultores de este arte de condensaciones fué Juan de La Bruyére, psicólogo y moralista, humilde preceptor de príncipes, que vivió en el "otoño radiante", según la bella expresión de un crítico francés, del reinado de Luis XIV, el Magno. De su vida se sabe muy poco. En este caso se confirma el decir emersoniano: "Los más grandes talentos tienen la más corta biografía". Por los años de 1640 á 1646 nació en Dournau, ó en París, no se sabe con seguridad. Fué tesorero real de Caen, en Normandía. En 1684, por influjos de Bossuet, fue nombrado profesor de historia de uno de los nietos del Príncipe de Condé. La Academia lo admitió en su seno en 1593, y murió en Versalles el 11 de Mayo de 1696. Es lo que hasta nosotros ha llegado. "Toda la luz de su siglo cayó sobre las notables páginas de su obra, y el hombre que la tenía en la mano quedó como perdido en la penumbra", dijo Saint-Beuve en frase elegante.

Se sabe que sufrió la lluvia negra de las injurias de la envidia. Pero esto ha pasado en todos los tiempos á todos los gloriosos. El triunfo es una amargura.

El talento de La Bruyére no alcanzó el desarrollo que debió porque se dejó dominar por los prejuicios y temores de su época y por haber elegido por modelo al mediocre Teofrasto, escritor que hoy, por fortuna, está completamente olvidado. Escribió poco, lo que no disminuye su grandeza, porque, como expresa ese casi ignorado y genial Swedenborg, "un espíritu puede ser conocido por un solo pensamiento." Hombre de un solo libro, La Bruyére derramó de una vez el oro de su corazón y de su mente sobre los humanos, y estos, aunque torturados por esa continua inquietud que es la vida, han sabido mostrarse agradecidos. El que escribe regala su corazón al mundo; éste lo devora. pero agradece el presente. Esa gratitud se llama gloria.

A juzgar por su obra, este modesto profesor de historia carecía de ese terrible y hermoso don de la facilidad, que, según al aristocrático Barbey d'Aureville, "pout perdre le plus beaux génies." Y esto no es un defecto. El creador sabe que aquello que más fatigas le cuesta es siempre lo más original que sale de su pluma. No era tampoco La Bruyére un estilista. Son muy raros los pensadores que lo son. Cada pensamiento exige una manera propia de ser expresado. Es una tiranía á que tiene el escritor que someterse, si quiere ser claro y preciso. La idea se hace señora del cerebro que la engendra y señala cómo ha de ser esculpida en el mármol sonoro del verbo.

Los mayores talentos de la humanidad han sido pesimistas. La Bruyére lo fué. Su pesimismo, aparentemente tranquilo, se inspiró en la sociedad refinada, amable y corrompida en que le tocó en suerte vivir y á la que llegó á conocer profundamente. Cada una de sus observaciones pone un punto de luz sobre las hondas negruras del corazón humano. Consciente de sus fuerzas y lleno de una maligna alegría, atravesó los vastos campos de la idea, como un gran río, poderoso y sereno. Fué como un árbol cuyas raíces se hundieron en espíritu—tierra fértil—de quien se recibió potencia y energía para vivir eternamente, y cuyos frutos han servido y sirven de alimento á todos los que sufren hambre de sabiduría.

Era un pesimista y quizá también un misántropo. Detrás de sus escritos se descubre á un hombre que sentía un recóndito desprecio por el hombre y un amargo desencanto de la vida. "Siendo la vida miserable, es duro soportarla; siendo feliz, es horrible perderla", decía. Y agregaba: "Dudo que deban reírse con exceso los hombres siendo mortales". En su obra palpita la infinita desesperanza de un forzado á la resignación, lleno de vanidad y de bilis. Era un hombre malo oculto tras un excelente escritor. "Me admiro, escribía, de ver que media docena de personas puedan reunirse bajo un mismo techo y formar una familia". Frases de él hay que rebosan de acritud y tienen filo, como yataganes envenenados. "El mundo no es digno de que se ocupen de él". "Asombra contemplar con qué ferocidad se tratan entre sí los hombres". Uno de sus párrafos comienza: "Si los hombres fueran hombres y no osos ni panteras"... Nos parece estar leyendo á Hobbes. No amaba á las mujeres ni á los niños, lo que ha olvidado la posteridad para admirarlo: á los grandes se les perdona todo.

Tenía un corazón estrecho, mezquino, helado, incapaz de audacias heroicas. Casi me inclino á declarar que así debe ser el corazón de los que escriben. El que siente mucho, piensa poco y sufre demasiado; que todos tenemos algo de cristos cuando somos buenos. ¿No sería preferible hacer obra que irradiara esa luz seca de que hablaba Heráclito, el filósofo nebuloso y gemebundo, en vez de llenar los cuatro vientos del espacio con los ecos de nuestros lirismos redentores?

Como todos los hombres perversos y de gran inteligencia, La Bruyère fué un terrible ironista. (Las ironías de Sócrates me hacen dudar de su bondad). Esta cualidad suya revela mejor que nada su desprecio por los humanos, porque hay un sutil desprecio en el fondo de la ironía. “Se duda de Dios cuando se tiene salud: cuando se está enfermo, con la hidropesía bien caracterizada, se cree en Dios”. “Tememos la vejez sin estar seguros de alcanzarla”. “Se espera envejecer y se teme envejecer”. “La muerte no deja de tener una ventaja: poner fin á la vejez”. Eso escribió y me parece que, mientras lo escribía, su boca se desplegaba en amplia sonrisa, hiriente y dura. Son los viejos sobre los que deja caer más despiadadamente el oro derretido de sus ironías acres y radiantés. Modestamente, como si no quisiera hacerlo, con un gesto elegante en la mano experta y fuerte, va poniendo las puntas de fuego de sus frases en el corazón de los ancianos. Es sencillamente admirable esta manera de la ironía. Este audaz buzo en mar de espíritu olvidó, al hablar de la malignidad de los viejos que, si éstos son en general malignos, es porque han sufrido mucho. Cada dolor va poniendo una gota de perversidad en las entrañas.

Sólo en la soledad el alma alcanza la plenitud de su grandeza. De esto han tenido conciencia todos los hombres de la tierra y han sido solitarios todos, excepto aquel amable Aristipo, filósofo y cortesano.

En los modernos tiempos Ibsen ha sido un apóstol de esa verdad. La Bruyère, aunque no fué un predicador de aislamiento, estampó en su libro algunas frases que prueban que sabía los beneficios que produce en el pensador el vivir sin compañía. “Todo nuestro mal procede de no poder estas solos”. “El sabio evita la sociedad por no aburrirse”. Estos son decires, concisos y enérgicos como todos los suyos, son un completo elogio de la vida solitaria: completo y elocuente, que hay una extraña elocuencia en esta brevedad de relámpago. La soledad es, al que se dedica á escudriñar el alma de los seres y de las cosas, lo que al poeta lírico es el amor, lo que á la mujer de fino gusto el bello traje y el perfume grato: fuente sagrada, cuyas aguas le inundan de dicha y de fortaleza. La soledad y el silencio, su hermano. En ellos halla el creador de universos de ideas su contento; en ellos se libera, y, rodeado de ellos, se desliza como una serpiente por entre las breñas ásperas de que está llena la casi inexplorada gruta que es el espíritu del hombre. Enamorado de su arte de forjador de mundos, pleno de dicha y enfermo de abstinencia y de taciturnidad—porque la falta de mujer, lo mismo que la dicha plena, nos vuelve taciturnos—el único extingüible anhelo del pensador es vivir vida honda é intensa, en la soledad y en el silencio. Como es natural, hay excepciones; pero éstas no sirven más que para confirmar la regla. Además, como dijo Nietzsche y como insinuó Pascal,

para el que ama la sabiduría, la regla es siempre más interesante que las excepciones.

Era un maestro de orgullo, este modesto La Bruyère. "Hacerse valer por cosas que no dependen de los otros, ó renunciar á hacerse valer", dijo. "Es ahorrarse mil discusiones y disgustos, el pensar que ciertas gentes no saben lo que dicen", agregó en otra parte, pensando tal vez en la palabra inmortal de Jesucristo, que es el más grande soberano del orgullo que registra la historia. Al leerlo recordamos al loco del Sils-María y al dulce y altivo ciudadano de Concord. Ser por el propio esfuerzo ó no ser. Antes morir de hambre de celebridad que mendigar el plan del aplauso. (Esto lo digo con el pensamiento puesto en nuestros literatos y poetas, que carecen por completo de orgullo. Todos los que entre ellos se llaman orgullosos, no tienen, si se les observa detenidamente, más que la vanidad de tener orgullo): Aislarse, nimbarse de esperanzas y acorazarse en fe para marchar con lentitud con la pesada carga de nuestros ideales, hacia la eternidad. Es el medio. Esto no es absoluto. Lo absoluto mismo es tan relativo . . .

Con pesar advierto que este raro maestro de orgullo tenía un concepto mezquino de la altivez. Dijo: "Es penoso para un hombre altivo ser sorprendido en falta, sobre todo si el que le sorprende se queja de él con razón; le es difícil perdonar al que le ha sorprendido; pero recobra toda su altivez si sorprende en falta al otro". El destino del cavador, del soldado raso ó del picapedrero, no impide ser desgraciado por no tener la suerte de los príncipes". No puede ser más raquíptico este concepto. El hombre verdaderamente altivo ni sufre porque se le sorprenda en falta, ni cree que nadie ostenta mayor grandeza que aquella en cuya cima ha puesto él su corazón como un astro.

La Bruyère aconsejaba el orgullo, sin poseerlo. Su mal (¿no sería más razonable decir su virtud?) era la vanidad. Sólo que supo ocultarlo muy bien. "Los hombres son muy vanos; pero no odian nada tanto como pasar por serlo", dijo generalizando un descubrimiento hecho en su propia alma. Digo "en su propia alma", porque la experiencia me ha enseñado que los psicólogos son aquellos que mejor penetran en sí mismos. El espíritu de los demás permanece para ellos ignorado. Es que, en realidad, no hay sino "psicologías". El aficionado á exploraciones interiores lo único que consigue es descubrirse á sí mismo. No todos tienen iguales sentimientos, ni todos los experimentan con igual intensidad. Hay más diversidad de almas que de rostros. Por eso los grandes poetas líricos se diferencian tanto. "A mesure qu'on a plus d'esprit, on trouve qu'il y a plus d'hommes originaux. Le gens du commun ne trouvent pas de différence entre les hommes", escribió con sobra de penetración Pascal.

El paréntesis que hice arriba merece una justificación. Si los sentimientos humanos se juzgan por sus resultados, la vanidad es una virtud. Por ella el soldado se hace matar heroicamente. Por ella nos hacemos cultos, instruidos, sabios. Por ella nos hacemos ricos, viajamos, refinamos nuestras maneras. Los que inventan sistemas de filosofía, los que hacen bellos poemas, los que luchan contra la dura piedra y la dan vida, los que immortalizan en tela lo que sueñan y lo que sienten, esperan ser juzgados y aplaudidos. El político quiere, cuando está en el poder, hacer alguna obra que diga á la posteridad que él pasó

por el Gobierno. La vanidad, pues, no debe ser tan denigrada y merece que la estimemos como una virtud. Verdad es que la vanidad hace sufrir mucho. Pero también se sufre cuando se pierde la vanidad.

Para una virgen, el hombre es un problema; para una mujer casada cada hombre es un problema. La mayoría de los escritores piensan como las vírgenes, pero el sondeador viejo y experto de corazones opina como las casadas. Cada espíritu es un problema. El alma se hace cada vez más complicada ó, lo que es lo mismo, se hace cada vez mejor—complicarse es mejorarse,—y consiguientemente se hace difícil conocerla. Para aquellos que suponen que la humanidad ha alcanzado su máximo de desarrollo y que el alma es siempre igual, la afirmación que antecede carece de base; porque ¿á qué mejorar lo inmejorable? ¿A qué pensar en que mejora el alma? Para que ésta mejorara sería necesario mejorar la vida, y, ¿es acaso esto realizable? ¿No es preferible pensar que la vida es una cosa sin objeto, que el hombre es un ser que no tiene otra razón de vivir que el vivir mismo, y dejar pasar los días sin alimentar esperanzas inverificables, sin sufrir el malestar del ensueño? Estas preguntas son las que se hacen siempre ellos, los de almas tristes, los prisioneros de la vida, los que son desesperanzados porque ya no pueden ser desesperados, esos pobres, infelices que sólo viven del deseo de morir. Pero nosotros los que creemos que la evolución prosigue su marcha ascendente—pues si alguna fe tenemos, nuestra fe es esta—los que creemos con Condorcet y Fontenelle que el hombre puede perfeccionarse indefinidamente; los que no moriremos heridos de desesperanza sino heridos de amor por un futuro excelso: los que soñamos mucho, porque sabemos que si el sueño es dolor también es alegría; los que ennoblecemos la vida y cubrimos de ilusiones el camino que debemos recorrer sin pensar en los guijarros con que cada ilusión desgarrá nuestras plantas peregrinas; nosotros sí pensamos que esa afirmación tiene base. Lo repito: cada vez se hace más difícil conocer el alma ampliamente.

PEDRO SONDEREGUER.

*

Desde Buenos Aires nos remite nuestro viejo amigo Pedro Sonderguer el estudio que antecede, publicado en uno de los últimos números de *La Nación*. Nosotros damos las gracias al amigo y agradecemos el envío.



Por qué?

(PARA NUEVOS RITOS).

—Oh acémila que vas por el sendero
lanzando tu rebuzno que resuena
lugubrementemente triste, qué te apena?
A qué ese grito doloroso y fiero?

—Protesto contra mi amo que no mira
las llagas que desangran en mi lomo,
por fijarse en el heno que me como
y, á veces, en el agua que me bebo.
Que no ve este esqueleto, donde intenso
el aguijón del hambre me importuna,
si no que á trueque de amasar fortuna
me da más carga y disminuye el pienso.

Me quejo del camino que es derecho
y amplio donde pasan los potros y los carros
del potentado, y para mí es estrecho,
resbaladizo y lleno de guijarros.

Protesto del arriero que me acosa,
con la infamia del látigo y me insulta
con los vocablos que su mente estulta
pone en su lengua torpe y asquerosa.
Eso es lo que me apena,
eso es lo que me apena con exceso,
y por eso,
protesto de la vida que no es buena.

—Mira, por donde has de pasar, junto á esa rama
que se mueve, al bajar esas laderas,
se extiende el precipicio que te llama,
por qué no te liberas?

Pero no, no lo harás, siempre lo mismo
seguirás en la lucha ya emprendida:
con tu odio hacia la vida
y tu miedo al abismo.

Y siempre que al pasar por el sendero
ves el peligro, olvidas el hastío,
no te acuerdas del amo y del arriero
y clavas tu ojo amedrentado y fiero
en la torva negrura del vacío.

DEMETRIO FABREGA.

New York, Mayo 30 de 1908.



Demasiado tarde

Para mi mejor amigo F. Lemartre.

Figúrese el lector ver una bohardilla miserable situada en uno de los barrios más pobres de París. Por todo mobiliario: dos sillas de paja, un viejo sofá que hace las veces de cama, una mesa cubierta de papeles en desorden y por el suelo, en abandono, gran cantidad de libros rotos, polvorientos, en estado lamentable.

Sentado delante de la mesa, con los dedos hundidos en la espesa cabellera, los ojos obstinadamente fijos en un retrato de mujer, único adorno de ese triste recinto, un joven vestido con el uniforme de estudiante ruso medita.

Gracias á la pálida luz de una vela, puede distinguirse su semblante lánguido y demacrado; su mirada soñolienta acusa veladas dolorosas de largas noches de insomnio. Toda su persona muestra que es víctima horrorosa de una profunda é inmensa desolación. Por momentos sus labios balbucean palabras inteligibles. Diríase que sueña..... ¿En que sueña?

Su imaginación le hace ver los diferentes salones en donde ha sido introducido y le parece oír todavía las cuestiones in discretas que le hicieron de un tono altanero é hiriente. Luego cree verse en la casita florida, allí en su bello país en donde su anciana madre lo espera. La pobre ignora aún lo que ha pasado: pero tal vez los periódicos la informarán brutalmente. Entonces, el se pone á escribirle; su pluma corre, corre sobre el papel, y con mano temblorosa, le cuenta lo que ha ocurrido!

Casi involuntariamente, se había mezclado á un partido revolucionario de estudiantes, se había revelado, y, como muchos otros, había sido puesto en prisión. Pronto consiguió la libertad; pero supo que lo habían expulsado de la Universidad y esto era su ruina, pues lo privaban de las pocas lecciones que le permitían vivir. No obstante sus muchas diligencias por conseguirse un empleo, todo fué inútil; á donde iba, lo repulsaban y humillaban. Considerando, pues, su situación, siendo él, el sólo apoyo de su madre, en lugar de enviarle las economías vanamente gastadas en anuncios se ve en la necesidad de recurrir á la bolsa de la pobre anciana.

Cuando llegó á este pasaje de su carta en que él debía de solicitarla, arrojó la pluma al suelo y se levantó bruscamente, tirando lejos de sí la epístola inacabada.

Durante algunas horas se paseó de un extremo á otro de su cuarto con paso rápido y agitado. Su frente fué cubriéndose de un sudor frío; su mirada manifestaba la más grande de mencia y su boca se crispaba en un rictus horroroso. Se acercó á la ventana y apoyó su frente febril á los vidrios. La nieve caía en abundancia, cubriendo la capital de una como alfombra de blancura inmaculada; pero que atemorizaba por semejarse á la blanca fúnebre y siniestra de un sudario. La nieve que caía en grandes copos, amortiguaba los pasos, y los transeúntes resbalaban dando el aspecto de fantasmas. La blancura mortal, que se extendía hasta perderse de vista y el silencio lúgubre que reinaba esa noche, cosa poco vista en la gran ciudad cosmopolita, impresionaron penosamente á nuestro joven, quién consideró todo aquello como un mal presagio. Sintió miedo y para verse menos sólo, abrió la ventana apesar del frío glacial que hacía. Se apoyó de codos en la baranda, insensible al viento áspero que le cortaba la cara y casi feliz de este dolor físico que entorpecía sus sentidos, adormeciendo su sufrimiento moral é invadiéndolo de una torpeza que hizo vagar por largo rato su pensamiento.

Su imaginación lo trasportó, lejos, muy lejos, hacia el pueblo en donde había nacido y que encerraba lo que él tenía de más querido en el mundo; luego se puso á repasar toda su vida de apenas veinte Añiles. Se veía en sus primeros ocho años, pálido y nervioso como era, con sus largos crespos flotantes, siempre vestido de ricas telas, con grandes cuellos de encajes. Y se acordaba del día funesto en que murió su querido padre, que su casa se había invadido de personas vestidas de riguroso duelo, y finalmente cuando se vieron obligados á abandonar las lujosas habitaciones para ir á vivir al campo en una modesta casa, limpia y bonita: pero tan pobre, tan miserable en comparación de la opulencia pasada! Y se acuerda también que lo habían despojado de sus bellos vestidos de seda y bordados y puesto en cambio otros sencillos y pobres; que le cortaron sus bonitos crespos y que lo enviaron al Colegio. Algunos años más tarde supo que su padre había sido un gran banquero muy rico que habiendo quebrado se había dado la muerte antes que sobrevivir deshonrado. Después de esto no se acordaba sino de haber trabajado mucho, sin cesar, trabajando para rehabilitar el fatal nombre que su padre le había dejado, trabajando para sostener á su madre y había trabajado sin confianza de mejorar su vida, sin esperas de alegría de ningún género, sin ilusiones; pero sí con la obstinación de los seres nobles, con la voluntad imperiosa de las almas desilusionadas por las realidades brutas;—él había trabajado, trabajado mucho.

Pero he aquí que ya sus fuerzas se habían agotado! Se sentía vencido por esa gran devoradora que es la Vida, esa mujer pálida, fría, bella; pero perversa y con quién él había luchado tanto tiempo.

Una idea irresistible de paz, de descanso sin tregua, de sueño eterno del cual nadie pudiese despertarlo, se apoderó de él, dominándolo por completo!

De pronto, á través del velo de algodón que tejían los copos blancos, tuvo una última visión muy neta que lo hizo estremecer de horror y que lo puso en decisión: se había visto á él mismo, haraposo, mendigando su pan en las calles de París.

Oh! no! eso jamás se dijo abandonando el balcón.

Una oscuridad grande reinaba en el aposento; el viento había apagado la vela.....

El frío, el vacío, la miseria atroz! Carecía de pan, de fuego, de luz! Y ni un amigo, nadie á quien tender la mano! Dió algunos pasos y encendió la famosa luz; luego se detuvo delante de la mesa. Tenía siempre su mirada fija y sombría de ultra-tumba, la boca amargada con el profundo gesto del que sufre; su cabeza ardía y su frente sudaba á mares.....

De repente sacó del cajón un revólver y con suma frialdad lo apoyó sobre su pecho. Iba ya á disparar cuando se sintió falta de valor y un desfallecimiento se apoderó de todo su ser joven. Pero indignado de su debilidad tomó nuevas energías y combatió esta emoción fugitiva. ¿Acaso la vida le era dulce para sentirla tanto? Se hizo la señal de la cruz y murmuró: "Perdóname madre mía!" y precipitándose para no pensar en más nada, cerró los ojos, y abandonó su cuerpo en el principio infinito; entonces apoyó el dedo sobre el gatillo y cayó como una masa en un raudal de sangre.....

Al ruido de la detonación, los vecinos acudieron y transportaron al infortunado jóven al hospital.

Estaba mortalmente herido.

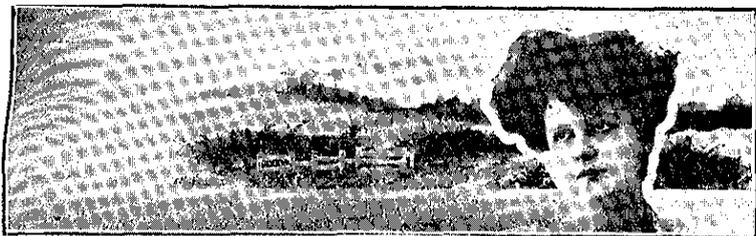
Pocos minutos antes de que rindiese el último suspiro, la hermana de la caridad que lo asistía le presentó una carta. Éste la abrió y leyó rápidamente: un rico propietario hubo de compadecerse de él; había leído uno de sus anuncios y habiendo obtenido informes satisfactorios sobre su conducta le escribía rogándole pasara ese mismo día á su hotel en donde si las condiciones le convenían podía quedar empleado.

Como un relámpago de indecible pesar pasó fugaz por los ojos del moribundo; una pálida sonrisa erró sobre sus labios descoloridos. Su mano que aún tenía la carta cayó sobre las sábanas y en todo su semblante se manifestó un gesto de inmenso desconsuelo, sus párpados se agitaron un instante dejando escapar dos lágrimas, rocío del dolor, y con un acento casi inteligible, de supremo arrepentimiento, murmuró:

"Demasiado tarde!" y expiró.

BELISARIO PORRAS h.

París, Febrero 4 de 1908.



Cuento Galante

En el album de la Sta. X. - En Lima.

*No es una vieja historia que reposaba en calma
en el cofre de magia del graa Ricardo Palma;
es un cuento galante que no está concluido,
que no sé cuándo y cómo ha llegado á mi oído:*

*Ella es una dama venida de aquellos
caudillos que alzaban sus flechas al Sol,
y él es un mancebo de blondos cabellos
con sangre de un bravo Virrey español*

*Se vieron, se amaron. La historia fue el vago
poema de amores, casi inmemorial:
un astro que cruza por sobre de un lago
y es fuerza que bese la luz al cristal.*

*Después, en las noches serenas de Luna
el astro besaba la quieta laguna
y el agua tomaba perfumes de flor.*

*Y cuentan ¡Silencio! que siento el sonoro
galope del potro de crines de oro
que lleva los novios camino al Amor.*

RICARDO MIRÓ



Una medalla y el retrato de una madre.

(PARA ERASMO MÉNDEZ).



A tisis iba consumiendo lenta é irremediablemente á la pobre Virginia.

Ella no era de alta alcurnia ni había sido bonita: ojos grandes y expresivos, la tez blanca y rosada, nada más que llamara la atención. Sin embargo, pocos de cuantos la conocían podían pasar sin amarla; tal era el encanto, la gracia, ese no sé qué capaz de enloquecer á cualquiera, que prestaban á su carita, la pureza, el candor y la virtud que rodeaban su frente de ángel. Había heredado de su padre una buena fortuna y habitaba con su madre una poética quinta, un paraíso en miniatura, que reposaba á la orilla de un río como un hermoso nido de golondrinas. Virginia, que había nacido en el campo y había ofrecido sus primeras sonrisas á las cristalinas corrientes del riachuelo, que aun no había sido pinchada por los dardos envenenados de la duda y las pasiones, pero que sentía no obstante la necesidad de amar, adoraba la naturaleza; y á los árboles, y á los pájaros, y al correr de las aguas, y al cantar de los vientos, y al silencio de las soledades, y al infinito mismo, parecía querer arrancar los dulces y misteriosos secretos de la vida. Allí, muchas veces con la mirada perdida en toda una lontananza azul como sus ilusiones, mientras en el cielo pálido sereno comenzaba á dibujarse la luna, ese astro melancólico “que todo lo ve y todo lo calla”, ó cuando las sombras de la noche empezaban á cubrirlo todo, allí, digo, aprendió de labios de su madre las primeras y acaso las únicas oraciones, que ambas elevaban al creador con el murmullo de los bosques, con las espumas del río, con el gorgojo de las aves, con los celajes del cielo al caer de la tarde y con todas las demás plegarias del universo.

En la tarde en que comienza mi relato, Virginia, después de contemplar con triste sonrisa la melancólica puesta del rey-

astro, acercó á sus labios para besarla, como de costumbre, la medalla de la Virgen, que su madre le había puesto al cuello, allá en los tiempos de la cuna; acaso también recitó maquinalmente una *Ave María*. ¡Quién le hubiera dicho que pronto iba á deshojar la delicada flor de la inocencia que guardaba su alma pura, que daba esa tarde solemne un adiós eterno á los lugares de su hasta entonces único amor! ¡Oh caprichos del destino! ¡Cuántas veces la flor lozana y alegre del amanecer se torna marchita y se deshoja por la tarde!

Guillermo, un mancebo desconocido, de rubio cabello, de buen porte y rara labia, había pedido su mano, y su madre, basada en ciertas cartas de recomendación de sus parientes y porque anhelaba ver á su querida hija ya casada, se la había concedido gustosa. Virginia no conocía al que iba á ser su esposo pero sabía que con él había de partir dentro de pronto, aquella misma tarde, en que recibía sus postreras emociones de niña, las cuales guardaría quizás allá en el fondo de su corazón, como se guardan en pebeteros de oro los inciensos y perfumes más preciados.

Los rayos del sol, cada vez más oblicuos, iban cediendo paso á las sombras para que cubrieran la tierra con su manto; la luna comenzaba á despertar en un cielo sin nubes y soplaban un viente cálido que más parecía de verano que de invierno. Ella, la niña de ojos negros, la niña angelical, lanza un suspiro que tal vez se hubiera prolongado mucho si un ruido extraño no la hubiera sacado de sus sencillas é inocentes meditaciones: del camino surge un coche como una visión original, y en el coche se alza de entre otros personajes, un elegante y bien vestido joven. . . .

Virginia y él cruzan una mirada suficiente para hacer vibrar todas las fibras del corazón de aquélla. El es para ella el ideal que ni siquiera había podido soñar, su dicha encarnada, sentida por vez primera.

El coche se pára repentinamente, dos manos se enlazan, una pareja sube y una mujer encanecida por los años bendice esa pareja juvenil y llora mientras todos se alejan rápidamente, alegremente

Dos días después se leía en un diario de la ciudad de X: "Un joven llamado Guillermo, cuyo origen se desconoce como el apellido; pero que tenía tres meses de vivir en esta ciudad; huyó hoy con todas las alhajas de la señora Virginia Montes con la cual contrajo matrimonio ayer. Aun no se ha podido averiguar el paradero de este malvado engañador."

Hecha cargo la pobre recién casada de todo el horror de su desgracia y descorrido el velo de sus engaños, sin fuerzas para volver á su madre, desesperada, en fin, se arrojó al infierno de las pasiones hasta arrastrarse por ellas; sin freno, hasta los últimos límites del mal, sin fe y sin religión, porque ya no creía, ya no rezaba ni quería que le hablaran de Dios, de la Virgen, de los santos, de los curas, ni de nada de la Iglesia. *Aquella* medalla reposaba en el fondo de un cofre junto con el retrato de su madre: el recuerdo de ésta hacía que guardara dichos objetos

con cierta religiosidad. Por este tiempo fue su enfermedad, que la llevó á un hospital de las Hermanas de la Caridad, donde fluctuaba entre la vida y la muerte no sólo del cuerpo, sino también del alma; pero ¿qué Hermana hablaba en su presencia de sacerdote ni de confesión que no tuviera que huir, tapados los oídos, para no escuchar insultos de insultos, capaces de herir el tímpano más resistente? Ya no era posible... había que dejar zozobrar esa alma en el mar profundo é ignoto de la eternidad. Mas un día entró una Hermana precipitadamente en el cuarto de la enferma, registró el baúl de ésta, sacó el único cofre que había y salió más contenta que Adán cuando recibió su compañera: un rayo de luz, una iluminación de esas que en los instantes supremos parece concedernos el Cielo, la hizo concebir un plan admirable de conversión; sabía con cuánto respeto y cuidado conservaba la física el retrato de su madre y la medalla, y se propuso sacar gran provecho de estos dos objetos. Hacer un cuadro que represente la madre al colocar su medalla al cuello de una niña, esto pensó Sor Catalina—que esto es el nombre de la Hermana—y esto supo estampar en el lienzo con una maestría y un genio inconcebibles, el artista á quien fue confiada la ejecución de obra tan importante y misteriosa.

Era una mañana de invierno: la voz de los truenos en el espacio y el ruido de la lluvia al chocar contra las vidrieras de las ventanas del cuarto de la moribunda, apenas si interrumpían el silencio monacal que reinaba alrededor de ésta. ¡Qué tristeza más imponente y más hermosa á un mismo tiempo, que la de aquella mañana! Parecía que todo, hasta la naturaleza, tomaba parte en lo que iba á tener efecto.

Todas las Hermanas se habían reunido en aquel cuarto y la Superiora sostenía con una mano el cuadro de la madre de Virginia, mientras con la otra pasaba las cuentas gastadas de su rosario; también había allí un sacerdote. Despertaron á la enferma, que dormía, si dormir puede decirse de esos instantes de calma que tiene un sér que expira. ¡Pobre mujer!... Relatar lo que pasó en su corazón al contemplar, asombrada, estupefacta, toda una escena que parecía desarrollarse quién sabe en qué regiones, sería más que imposible. Del asombro pasó á la realidad; y el recuerdo de su madre, de sus primeros años, de sus primeros sentimientos, de su medalla que tanto había besado y que no se había atrevido á profanar, acudió á su imaginación tan vivo y tan eficaz, que entre lágrimas y sollozos comenzó á orar: aun no había olvidado las palabras de la niñez.

Después el confesor la preparó para bien morir y ya arrepentida y sumisa voló el alma de la que había sido tan desdichada á gozar de Dios eternamente y en unión de su madre que había muerto á los seis meses de su desgracia.

OCTAVIO MÉNDEZ P.

Junio 16 de 1908.



Siempre vivas

A una postal de la señorita
Emilia Ugarte, Cuenca, Ec.

Que si guardan tus flores aún esencia?

Preguntas insensata

Tú debes ignorar lo que es ausencia,

Porque entonces, mi bien, no preguntaras.

Ausencia es escalpelo que lacera

El corazón del que ama,

De los hondos pesares compañera

Que cruel nos hace la existencia amarga.

Intactas se conservan estas flores,

La misma es su fragancia;

Aun tienen de tus bucles los olores

Como el almíbar de tus labios guardan.

Ellas son el tesoro que amo ciego,

Son ellas mi esperanza;

Marchitarse no pueden, pues las riego

Con el cauce profundo de mis lágrimas.

GUILLERMO BATALLA.

Panamá, Octubre de 1907.

Malvavisco



COMO me burlé yo siempre de aquél palurdo! Malvavisco como lo llamaban los campesinos. Su verdadero nombre era Benito. Vaquero de un fundo colindante tuvo un día la desgracia de que al enlazar un novillo á la carrera, enroscárase en el dedo del corazón de la mano derecha una espiral del lazo que le arrancó las dos primeras falanjas. Enconada la herida estuvo á punto de perder la mano y aun el brazo, salvándose de este peligro gracias á una cierta infusión de malvavisco. A fuerza de ensalzar la bondad y excelencia de la maravillosa planta y de repetir incansablemente su nombre quedóle éste por apodo.

Desde un principio, y en cuanto trabamos conocimiento fuimos grandes amigos, pues Malvavisco era un gran cazador á quien acompañé varias veces en sus escursiones cinegéticas. Más, un día, mi malhadada inclinación á la broma me privó de este agradable pasatiempo. Como esta aventura metió gran ruido en ambos fundos, quiero relatarla aquí detalladamente.

Nos encontrábamos una mañana en un extenso y arenoso sembrado de pequeños matorrales, cazando torcaces. Los resultados eran casi nulos pues las aves mostrábanse desconfiadas, costando gran trabajo aproximárseles. Varias veces había pedido á Malvavisco me prestase Boca Negra, su famosa escopeta, para tentar fortuna disparando un tirito por mi cuenta. Pero se había negado á ello tercamente, lo cual me tenía de pésimo humor y dispuesto á cualquier diablura. La ocasión de vengarme de su egoísta proceder llegó de improviso. En el momento en que, tras un disparo, soltó el cazador la escopeta para correr en pos de la torcaza herida, me acerqué cauteloso á Boca Negra y vacié en el cañón un puñado de arena, huyendo en seguida á todo correr por entre la maleza.

Un instante después, al ver á Malvavisco que recogía el arma y se preparaba á cargarla, temblé de que descubriera la

jugarreta. Entonces para distraerlo, salí del matorral donde estaba emboscado y le silbé, haciéndole al mismo tiempo, señas apremiantes de que se apresurase, dándole á entender que podía hacerse un magnífico tiro desde el sitio donde me encontraba. Como era de suponer, cayó en el garlito. Dando al olvido sus habituales precauciones cargó el arma con febril impaciencia, corriendo en seguida, á reunírseme precipitadamente. La casualidad me ayudó una vez más, pues, en el instante en que llegaba desalado, una bandada de torcazas acababa de posarse en un matorral cercano. Verlas al cazador y agazaparse preparando la escopeta fué todo uno. Con el dedo en el gatillo y los ojos brillantes de homicida codicia examinó un instante las aves, y luego, apoyándose en las rodillas y en los codos comenzó á arrastrarse silencioso entre las altas yerbas.

Yo me había tendido en tierra y podía apenas contener las irresistibles ganas de reír que me asaltaban al observar el cuidado esquisito que ponía en sus menores movimientos Malvavisco para asegurar aquel tiro imposible.

Por fin, después de un sinnúmero de ojeos y detenciones lo ví echarse la escopeta á la cara y disparar... Como era lógico, solo el fulminante prendió. Las torcazas asustadas por el ruido del rastrillazo levantaron el vuelo alejándose presurosas.

La sorpresa del Malvavisco fué inmensa. ¿Cómo, Boca Negra no daba fuego? ¡Inaudito é inesplicable suceso! Aló-nito examinaba el arma dándole vueltas entre sus manos sin atreverse á mirarme, todo avergonzado y lleno de confusión. Alzó el gatillo, estrajo el quemado fulminante y, vaciando en la palma de la mano un poco de pólvora, cebó la chimenea con cuidado después de introducir en ella un largo artiller.

Apenas había terminado esta delicada operación cuando una bandada de torcazas se abatió con ruidoso aleteo en un bosquecillo á cincuenta metros de distancia. Parecía que las malditas, poco antes tan hurafas y ariscas, querían, á su vez tomar parte en la fiesta como cómplices de la pesadísima broma, ayudándome en el complot.

Malvavisco, con la escopeta preparada, se deslizó entre la maleza como un reptil. No se hizo esperar el segundo chasco. Un golpe seco seguido de un brusco batir de alas me anunció que Boca Negra se obstinaba en enmudecer.

De nuevo tuve que hacer grandes esfuerzos para no soltar la careajada delante de Malvavisco. Era tal el asombro, la sorpresa y el aturdimiento impresos en su rubicundo semblante que sólo el medio de delatarne impidió diera suelta á la risa que me ahogaba. Con aire entortecido y estúpido miraba y remiraba el arma, devanándose los sesos para adivinar la causa de aquel intempestivo contratiempo. Y para hacerlo más amargo aquel trance, la caza poco ha escasísima y tímida, cual si fuese sabedora de que Boca Negra, la certera, la infalible, la mortífera Boca Negra se había convertido de pronto en un instrumento inofensivo, acudía de todas partes con un aire de despreocupación y desafío tan insolente que experimenté un súbito arrepentimiento por mi felonía.

Malvavisco estaba rojo, congestionsdo por la ira. Las torcazas revoloteaban tan próximas que parecía iban á posarse sobre nuestras cabezas y en la mismísima Boca Negra. Los zorzales, las tencas, y las locras se mostraban tan impávidas que sólo echaban á volar cuando iba á cogerlas con la mano. De pronto, la cólera del cazador estalló furiosa. Acababa de fallarle por décima vez la escopeta, y asiéndola por el cañón, la arrojó con ímpetu sobre una tupida banda de torcazas que alzaron el vuelo arremolinándose atropelladamente. Boca Negra hendió volteando la alada masa, derribando una docena de las audaces burlonas que quedaron tendidas en la yerba con las alas rotas y debatiéndose en las ansias de la agonía. Me precipité como un rayo á recoger las piezas. ¡Qué magnífico tiro! Jamás Boca Negra en su larga vida de destrucción había realizado una proeza semejante! Y todo con tanta modestia y tan poquísimos ruidos! Ni un grano de pólvora ni un perdigón habíamos costado aquella vez llenar el morral tan concienzudamente!

Sin embargo, Malvavisco no desarrugó el ceño y me pareció más bien avergonzado que satisfecho de su hazaña. Sin dirigirnos la palabra emprendimos la vuelta silenciosa. Detante, Malvavisco, volteando entre sus manos la escopeta, abriendo y cerrando el gatillo, introduciendo el alfiler y soplando en la chimenea, obstinándose en despejar aquella incomprendible incógnita con una terquedad de aragonés. Yo seguía sus pasos un poco atrás con el morral al hombro, y ya bastante inquieto con las consecuencias que traería para nuestra amistad el descubrimiento de la bromita.

Malvavisco lamentábase no haber traído el sacatacos. Era para él tan extraordinario el percance que creo se acusaba en secreto de haber invertido por alguna inconcebible distracción el orden de la carga echando en el cañón antes que la pólvora los perdigones, chambonada que hería cruelmente su amor propio de cazador avezado y diestro. Para su obtuso magín el descubrimiento de aquel yerro era una humillación intolerable. De aquí su mudez para evitar todo comentario sobre el bochornoso suceso.

Yo, por mi parte, iba también bastante preocupado. Una cuadra antes de llegar al rancho tiré á los pies de Malvavisco el morral, y desoyendo su instancias para que dividiésemos el contenido eché á correr por un sendero de travesía como alma que lleva el diablo.

*
* *

Pasaron muchos días antes de que me atreviese á ponerme delante de Malvavisco. Cuando lo veía de lejos torcía rriendas y escapaba más que ligero. Pero, una mañana me fué imposible eludir el encuentro y cual no sería mi sorpresa al contemplar la cara regocijada del campesino y oírle decir bonachonamente:

—¡Patroncito! ¿qué se había hecho? ¿Cuando vamos á cazar otra vez?

Lo miré á los ojos, estupefacto, tratando de adivinar la intención oculta que sin duda encerraba tan estraña actitud y mi asombro creció cuando tras una breve pausa prosiguió con tono convencido:

—No tenga miedo que nos pase lo del otro día. Boca Negra está ahora como un reloj. Se dispara solita. Le saqué la chimenea vieja y le puse una nueva que calza fulminante.

Estos no se *chingan*, patrón, como los otros que por lo melianos no tienen á veces fuerza para prender la pólvora.

Esta inesperada explicación me dejó atónito y proferí aturdidamente.

—¡Cómo! ¿Entonces no fué la arena?.....

El rostro de Malvavisco espresó la mayor sorpresa.

—¡Arena! ¿Qué arena, patrón?—y cambiando el tono agregó alborozado:—¡Ah! Ya caigo. ¿La tapó el camino de Los Maquis? Hace un mes que no trajino por ahí.

No pude ménos que sonreir ante una salida tan estrañaria que me confirmaba una vez mas en la opinión que tenía de la obtusa inteligencia de Malvavisco.

Tranquilizado y alegre corté bruscamente la conversación diciendo, mientras ponía mi caballo al galope:

—Bueno, un día de estos voy por allá. Hasta luego.

Trascurrieron ocho días y un domingo por la mañana decidí hacer á Malvavisco la visita prometida. Después de ensillar mi mejor caballo me encerré en mi cuarto para ponerme un vistoso traje de *huaso*: chaqueta corta de paño azul con botonadura de nácar; pantalones blancos, de borlón; polainas de charol; espuelas de plata con grandes y sonoras rodajas de acero. En rededor de la cintura una faja de seda carmesí y pendiente de los hombros un fino poncho de lana con rayas verdes en fondo morado. Cuando ya vestido me fuí á tomar de la percha el ancho sombrero de paja, no pude contener una mueca de disgusto. Aquella prenda, bastante ajada, desentonaba muy desagradablemente con lo demás de mi atavío. Sin querer, mi pensamient^o voló hácia la caja que contenía un precioso *tonquilo* plomo que junto con su traje de amazona recibiera mi tía, de la ciudad, el día anterior. Yo me lo había pues. to por broma y todos ujieron que me sentaba á las mil maravillas, prometiendo su dueña regalármelo pasadas las vacaciones.

Yo, aunque no quería confesármelo, tenía motivos especiales para parecer ese día galán y apuesto hasta donde fuese posible. En la tarde del sábado había sabido la grata noticia del regreso de Jovita, la hija única de Malvavisco, ausente algunas semanas de la casa paterna. De catorce á quince años, muy morena, poseía la chica una graciosa boca, blancos dientes y unos hermosos ojos llenos de travesura. Su presencia me

había turbado siempre. A pesar de mis esfuerzos para demostrar superioridad y desplante delante de ella, sentíame avergonzado y colibido, con las mejillas como brasas, oyendo resonar á cada instante las burlonas carcajadas que le arrancaban mi palabra balbuciente y ademanes torpes y desmañados. En vano quería sobreponerme á mi cortedad, furioso de que una zafia campesinilla me subyugase de tal suerte. Experimentaba á veces, al oír sus risas locas, deseos vehementes de abofetearla, pero una mirada dulce, una palabra cariñosa de la traviesa chiquilla bastaban para desarmar mi cólera convirtiéndome en un babieca obediente á sus caprichos como un esclavo.

Mientras galopaba por la carretera, mi pensamiento volaba delante de mí. Un soplo de orgullo henchía mi pecho al considerar mi gentil apostura, que imaginaba azás seductora é irresistible. ¡Qué pasmo para los palurdos! Debía producirles mi presencia, á buen seguro, una impresión de gallardía y elegancia nunca vista. Así me lo fué confirmando la actitud de los viandantes á lo largo del camino. En cuanto encontraba á un *huaso* y fijaba en mí sus ojos, veía inmediatamente alargársele la boca hasta las orejas, contestando apenas y ahogado por repentina tosecilla, el saludo protector que yo le dispensaba.

Pero, por satisfactorio que este mudo homenaje fuera para mi vanidad no puede compararse á la sensación que produjo mi llegada donde Malvavisco. Apenas me desmonté en el corredor del pajizo rancho, todo el mundo precipitó á mi encuentro con un entusiasmo y una algazara tal de gritos y carcajadas que me sentí grandemente lisonjeado por el efecto que producía en aquella buena gente, mi elegancia y mi distinción.

—A ver—me decía Jovita sofocada de risa—póngase de frente, de perfil, dése ahora vuelta para mirarlo por detrás. ¡Já, já! con manta y con *tarro!* Ahora sí que es de veras Jose-sito debajo del mate!

Y tanto me zarandaba y tironeaba de un lado para otro que casi perdí el sentido, mareado por aquel éxito estupendo, colosal. Luego empezaron todos á gritar:

—¡Remojo, remojo, que nos dé remojo!—y, arrebatándome el sombrero lo hicieron circular de mano en mano hasta que llegó á las de Malvavisco, quien lo examinó con grande atención, lo olió, lo miró por dentro diciendo en seguida:

—Parece un pájaro desplumado. ¡Qué bonito blanco para Boca Negra!

La estúpida frase produjo una gran hilaridad.

—¡Ya está—gritó entusiasmada Jovita—pónganlo de blanco, pero que no se lo saque don Serafincito de la cabeza!

Al oír esto me amostacé un poco, mas era tan hechicero aquel semblante, tan picaresca la expresión de esos pardos y risueños ojos que, como todos, me eché también á reír estúpidamente.

Malvavisco, cuyo rostro estaba rubicundo, pues, hallábase algo bebido, se acercó muy alegre con los ojillos brillantes como ascuas y me propuso á quema ropa, señalándome con la diestra en dirección al huerto:

—Hagamos una cosa, patrón. Ponga usted su sombrero en aquel serral y yo cuelgo el mío en ese manzano. En seguida cargamos á Boca Negra y ¡pim, pam! Usted al mío y yo al suyo, les soltamos un tiritito á cada uno para tantear la puntería.

Era tan absurda y tan estúpida la proposición que miré al campesino con lástima. ¡El pobre estaba borracho perdido! Mas, como insistiera en su estrafalario propósito, le contesté:

—Si es por ensayar el pulso, tiremos á otro blanco. A una gallina, por ejemplo.

—No, no, su *turrito* y mi chupalla es muchísimo más divertido. Voy á buscar á Boca Negra.

Esta insistencia de borracho prodújome cierta inquietud y pensé, aunque vagamente, en la retirada. Pero, en ese instante, salió Jovita de la habitación en que acababa de entrar Malvavisco y, llegándose donde yo estaba, me dijo queda y misteriosamente:

—Dígale que bueno, don Serafincito; pero con la condición de que sea usted el que cargue la escopeta. No le vaya ¡por Dios! á echar pólvora, sino que ataconéela con papeles. Para que él no malicie, yo lo voy á llamar de la cocina. Hágalo por mí, don Serafincito, mire que le tengo tanto miedo á los tiros que me voy á caer muerta de susto si mi padre se sale con la suya.

Embargado por una extraña y dulcísima sensación clavé en el rostro encantador de Jovita una mirada tal de sumisión que ella, sonriendo de una manera picaresca dijo, mientras me daba un suave pellizco en el brazo:

—¡Pícaro, y qué habilidoso es!--y escapó, soltando una argentina carcajada.

Inflado como un pavo, me erguí lleno de orgullo. ¡Qué inteligente era aquella chiquilla! ¡Cómo se había penetrado de que no era yo ningún papanatas sino un muchacho listo, capaz de jugársela al mismísimo lucero del alba.

Apenas se había apartado Jovita cuando apareció Malvavisco con la escopeta en una mano y el cuerno de pólvora y la bolsa de perdigones en la otra. El pobre tontín estaba bastante chispo lo cual facilitábame la tarea de hacerle pasar gato por liebre.

Ni por un instante dudé en seguir el maquiavélico consejo de la muchacha. Además, esta secreta complicidad de ámbos inundábame el corazón de una alegría cuyo desborde apenas podía contener.

Sin vacilar me planté delante de Malvavisco y le dije con tono resuelto apoderándome al mismo tiempo de Boca Negra:

—Ya está, acepto el desafío, pero yo cargo la escopeta.

Malvavisco pareció un instante indeciso y creí iba á protestar de esta imposición, cuando la voz de Jovita resonó dentro de la cocina:

—¡Padre, venga un ratito!

Aquel llamado decidió la cuestión.

—Bueno patroncito. Aquí están las prevenciones; cargue y taconé de firme que yo vuelvo en un Jesús.

Sin perder un segundo introduje en el cañón del arma una gran parte del contenido de la bolsa de perdigones asegurando aquella metralla con un grueso taco de papel. Requerí en seguida el gatillo y ví que el fulminante estaba ya puesto y listo para disparar.

Seguro ya de que Boca Negra, á ménos de que se sirviese de ella como una maza, era tan poco temible como un mango de escoba ó un asador, me encaminé al peral y suspendí entre sus ramas el precioso *tongo* plomo por el cual, ántes que consentir le rozase siquiera un proyectil de miga de pan, estaba dispuesto á dejarme desollar vivo.

Apenas acababa esta operación, Malvavisco, y tras él Jovita, salieron de la cocina, viniendo ambos á mi encuentro. Mientras el padre colgaba del manzano su grasiento *cucho*, la hija díjome, clavando en los míos sus risueños ojos que me turbaban sin saber por qué:

—No malicia ni jota. ¡Es tan lerdo el pobrecito! ¿No le echó pizca de polvora, verdad? ¡Ay, siempre tengo miedo! ¿No dicen que el Malo carga las armas? ¡Por Dios, no vaya á tirar muy fuerte el gatillo!

—Jovita, aunque lo tirase con roldanas le aseguro que. . .

Malvavisco interrumpió el coloquio con su gangoso vozarrón:

—Patroncito, ya están los blancos. ¿Quién tira primero?

Jovita me apuntó en voz baja:

—Usted, don Serafincito, pero, de aquí, del corredor.

Esta última frase me hizo sonreír. ¡Pobre chica, creía de buena fé que el Diabolo cargaba las escopetas! Y para demostrarle lo vano que era para mí aquella aprensión, respondí a Malvavisco:

—Yo seré el primero, pero midamos veinte pasos.

—Fíjese bien, patrón. A veinte trancos no va á quedar ni la *huincha* del *tarro* de su merced.

—No importa, hombre; trae acá la escopeta—le respondí.

Medida la distancia, con gran prosopopeya, mirando de reojo á Jovita que con las manos bajo el delantal sonreía á mi lado muy serena, me eché la escopeta á la cara, apunté y disparé. Como estaba previsto, Boca Negra no dió fuego. Con gran extrañeza de mi parte Malvavisco se limitó á decir riendo estúpidamente:

—Se le *chingó*, patrón, ahora me toca á mí.

Y, apoderándose de la escopeta, alzó el gatillo y reemplazó el inútil fulminante por otro que sacó del bolsillo del pantalón. Al apoyar la culata en el hombro, Jovita lanzó un chillido y escapó con las manos en las orejas. Yo que era un lince, comprendí que la chica quería salvar su responsabilidad y alejar de ella toda sospecha representando una comedia que, en rigor, debiera haber empezado á ejecutar un ratito antes.

De pronto, Malvavisco cuya borrachera parecía haberse desvanecido y que apuntaba con gran cuidado, bajó de súbito el arma y empezó á trazar á lo largo del cañón un sinnúmero de cruces, mascullando palabras intelegibles. Como yo le interrogase con una mirada llena de sorpresa, me dijo, apuntando de nuevo en dirección al peral:

—Es la oración de Santa Tecla, patroncito, por si acaso el Malo quiere jugármela convirtiendo la pólvora en un puñado de arena.

Una horrible sospecha cruzó como un rayo por mi cerebro. Experimenté un sobresalto y quise abalanzarme hacia delante, pero ya era tarde: estalló una violenta detonación: Malvavisco giró sobre sí mismo y estuvo á punto de caer derribado por el culatazo. Clavado en el sitio, con los ojos desencajados, contemplaba yo el espantoso desastre. ¡Jamás olvidaré visión tan horrenda! En medio de un torbellino de hojas y de partículas de corteza trituradas flotaba una especie de plumón finísimo, algo semejante á lo que se desprende de un gato que muda el pelo cuando se le sacude la piel á latigazos. En el centro de aquel vórtice prendida de una rama, agitábase con lúgubre vaivén una orla de luto; era la cinta, único resto de aquel preciosísimo artefacto destinado á coronar la gentil testa de mi tía vestida de amazona. Trémulo y convulso comprendí de un golpe la artera y cobarde maquinación de que era víctima. A la carga de la escopeta, efectuada de antemano por aquellos pérfidos traidores, había agregado yo, inocente de mí, media libra de perdigones, ignorando, además, que el primer fulminante estuviere inutilizado. Todo esto lo ví claro, clarísimo, y ciego de rabia apreté los puños y me precipité sobre Malvavisco. Mas, de súbito, zumbáronme los oídos, faltó el suelo bajo mis pies y hubiera caído en tierra si por un enérgico impulso de voluntad no hubiera vencido aquel pasajero desfallecimiento. Repuesto ya, busqué en mi excitado cerebro una palabra, una frase que concentrara todo mi odio, todo mi desprecio para fulminar con ella á ese palurdo y á su aborrecible hija. Creí haberla encontrado y abrí la boca para pronunciarla, pero, en ese instante, mis ojos furibundos tropezaron con los de Jovita, luminosos, acariciadores, que me lanzaban una tan tupida lluvia de inflamados y amorosos dardos, que la tremenda imprecación que asomaba ya á mis labios se transformó en el más inesperado de los anatemas:

— ¡Jovita! . . . — alcancé á decir con quejumbroso y desmayado acento y un torrente de lágrimas se agolpó á mis ojos. Y ¡oh misterio inexplicable! Esas lágrimas, las primeras que me hacía verter el desencanto de amor, eran á la vez dulces y amargas.

Jovita vino hacia mí presurosa y me dijo, humilde y contrita:

—¡Don Serafincito, perdóneme. Mi padre estaba tan ofendido! Y luego, con voz queda, apasionada y dulcísima, agregó:—No llore más, aguárdeme mañana en el cruce de los Maltenes.

Me quedé estático, deslumbrado, y, enjugándome los ojos con la manga de la chaqueta ví desaparecer á la chica en un ángulo del corredor. El mundo entero desapareció de mi vista. Creí haber crecido de repente un palmo y, sin hacer caso de Malvavisco que me ofrecía á grandes voces su guarapón de los días de fiesta, monté sobre el rabicano y emprendí un galope vertiginoso á través de los campos, con la cabeza descubierta, viendo flotar delante de mí la mágica visión de dos ojos húmedos y entornados, y de una boca pequeña y fresca que buscaba la mía murmurando la frase encantada que enciende las mejillas núbites y tiñe de rosa y púrpura los ortos y los ocasos.

BALDOMERO LILLO.

San Bernardo, Marzo de 1908.

